

A nuestros bienhechores

Muy de agradecer es a los protectores de este semanario, la constancia, el celo, el desinterés y sobre todo la confianza que hacen en los que tomando sobre sí la pesada carga que supone la redacción, administración y demás atenciones que entrañan la confección de un periódico, por modesto que este resulte, no llevan más finalidad que propagar las sanas creencias, ilustrar al pueblo, encauzar la opinión desorientada o mal dirigida y sembrar la mejor semilla social que conocieron los siglos: la Religión Católica.

Esta ha sido nuestra labor durante el tiempo que ve la luz pública EL ARCO, y si bien es cierto que en muchas ocasiones hemos sufrido hondas decepciones y amargas contrariedades, unas de los que se tienen por enemigos, otras de amigos muy queridos pero apasionados o desilusionados, no lo es menos que han venido a mitigar nuestro desaliento gratas noticias y frases animosas de afines y hasta de los de la acera de enfrente.

Nuestra pesada labor no se perdía en el vacío y ello nos animaba a continuar, si cabe, con mayor interés y entusiasmo.

Circunstancias especialísimas porque atraviesa nuestra Ciudad y de todos conocidas han sido causa de que muchos de los bienhechores de este periódico vayan paulatinamente pero en constante progresión dejando la pequeña carga que, contribuyendo a esta publicación, se habían impuesto, y últimamente un benefactor heroico que suplía el crecido déficit que mensualmente arrojaban las cuentas de administración, también ha tenido, bien a pesar suyo, que limitar tan pesado gravamen.

No hemos perdonado ocasión y hemos realizado cuantos esfuerzos eran dables para suplir las mermas sufridas, tanto en suscripciones como en anuncios, aniversarios, etc: inútilmente. Apenas si hemos conseguido cubrir en muy corta cantidad la deficiencia; lo indispensable para que no deje de publicarse.

Y no podemos en modo alguno sustraernos a las lamentaciones a que nos vemos impelidos: ¿que no es posible continúe el periódico por lo menos como hasta aquí? Falso, de toda falsedad. Pero que los que se llaman católicos no han llegado a poseionarse de la obligación que tienen de proteger la buena prensa por cima de muchas, de la mayoría de las obras sociales, que preocupan su atención, es muy triste y doloroso pero tenemos que declararlo.

Que Su Santidad, los Prelados y

cuantas personas han estudiado el problema social actual, proclaman a gritos que la prensa es la palanca que ha de mover el mundo; que sin buena prensa no pueden subsistir sólidamente las demás obras sociales; que al pueblo que no va en busca de Cristo hay que salirle al encuentro con aquello que le agrada para educarlo, para cristianizarlo; textos, recomendaciones, Pastorales y cuantos trabajos se han hecho por convencer a los buenos de esta necesidad, casi todo inútil. Sólo algunos pocos, precisamente los más gravados, son los que con una constancia heroica, y por lo mismo altamente meritoria, sostienen lo que de todos es obligación.

Nosotros nos damos en parte por vencidos. No podemos con tanto.

Y esto no quiere decir que desistamos de nuestro trabajo, que huyamos de él, antes por el contrario, dispuestos estamos a continuarlo, a doblarlo si hubiera lugar, ya que el enemigo no cesa en su campaña cada vez más ruda; pero para esto necesitamos la cooperación de los demás, el auxilio de los verdaderos católicos.

Este periódico se fundó para esparcir la doctrina netamente católica entre el pueblo, y como éste no la busca había necesidad de salirle al encuentro; por eso se empezó y continúa repartiéndose gratuitamente por los establecimientos, talleres, arsenal y hasta donde lo permite la tirada de cada número (ninguna menor de 800 ejemplares).

Tantas y tan importantes bajas recibidas han determinado la reducción, y entre la cantidad o periodicidad hemos optado por la última porque de esta manera casi nivelaremos ingresos y gastos, y continuará llenando el mejor modo posible, el fin para que fué creado.

Así, pues, mientras los actuales bienhechores sigan, continuaremos publicándolo dos veces cada mes, (el primero y tercer viernes) y más amenudo si los buenos que pueden quieren que su propaganda sea más eficaz.

Solo nos resta agradecer, cual merece, a los que contribuyen a esta obra, su nunca bien ponderado desprendimiento, y rogarles pidan a Nuestro Señor y a San Francisco de Sales, patrono de la Buena Prensa, la protejan en todos sentidos y alienten a cuantos cooperamos a ella.

LA REDACCIÓN

La Iglesia y la Prensa

Pío VII y la Prensa

«Si no se detiene tan desenfadada libertad de pensar, de hablar, de escribir y de leer (me horroriza el pensarlo, pero es preciso decirlo) el mal irá creciendo y abrazará toda la tierra, y entonces para conjurarle no bastarán

los ejércitos, ni las guarniciones, ni la vigilancia de la policía, ni las murallas de las ciudades, ni las barreras de los imperios».

Pío IX y la Prensa

«La gran importancia de la prensa no es bastante conocida por buen número de fieles. Para todas las obras de misericordia corporales las limosnas son abundantes, aunque nunca demasiadas; también se da para los templos y las escuelas; pero ¿dónde están los buenos que dotan a la prensa? Si conocéis periodistas católicos, podrán referiros cómo de ordinario se ejercita la caridad en su campo; seguros están de cosechar más críticas que subsidios; aunque deseen suscriptores y más suscriptores, sólo encuentran censuras. Ahora bien; si la prensa religiosa no es animada, sostenida, levantada a un grado de poder que infunda respeto, no extrañéis que las iglesias estén cada vez más desiertas, ya que no quemadas o demolidas, ni que las casas de caridad y las escuelas sean arrebatadas a la religión que las funda.

«De todo corazón os pedimos que apoyéis con la mayor predilección a los que animados por el espíritu de Dios, consagran su vida a publicar periódicos que difundan y defiendan la doctrina católica. Un buen periodista católico vale y hace más que media docena de predicadores».

León XIII y la Prensa

«Los que aborrecen, a la Iglesia acostumbran hacerle guerra con escritos públicos, bien persuadidos de que no hay arma más dañina: de aquí el mortífero aluvión de libros; de aquí la multitud de periódicos sediciosos y perversos a cuyos furiosos asaltos ni las leyes ponen freno, ni límites la vergüenza.

«Débese, por lo tanto, levantar fuerte muralla que contenga esta avalancha del mal, que cada día invade más terreno; y lo primero conviene inducir al pueblo con toda severidad y rigor a que vigile mucho en punto a lecturas, usando del más escrupuloso discernimiento... Además se deben contraponer escritos para que de allí de donde procede el veneno salga también la triaca. Por lo cual es de desear al menos en cada provincia se establezca alguna manera de mostrar al pueblo cuales y cuán grandes son los deberes de cada uno de los cristianos para con la Iglesia, divulgando a este fin publicaciones frecuentes y a ser posible diarias».

Pío X y la Prensa

Nuestro Santísimo Padre Pío Papa X, que hoy gobierna felizmente la Iglesia, siendo Patriarca de Venecia, sostenía con su dinero el periódico católico *La Difesa*, publicado en aquella ciudad, y decía: «Si tuviera que vender mi cruz pectoral mis ornamentos y todas mis alhajas y muebles para conservar la vida de *La Difesa*, haríalo con mucho gusto».

Y en otra ocasión escribía:

«En vano edificaréis iglesias, fundaréis escuelas, promoveréis misiones, porque todas esas buenas obras, todos vuestros esfuerzos y sacrificios serán

inútiles si no manejaís y hacéis mejor al propio tiempo las armas defensoras y ofensivas de la Prensa católica leal y sincera».

Y en su carta a los católicos húngaros:

«Nos regocijamos extremadamente que hayáis reconocido y comprendido plenamente que la fuente envenenada y abominable de los males de nuestros tiempos es la prensa pervertida. Nuestra época parece que será caracterizada por la Prensa. Es muy deplorable que haya llegado a ser poderosa, no como propagadora de la verdad y de la virtud sino que por un abuso funesto, y confiada en la protección de las leyes, anime al combate contra la Religión, lo enardezca, forme y propague las costumbres más condenables, despierte los sentimientos de odio y las pasiones desenfadadas en los pueblos, y se manifieste tan adecuada para depravar el alma y la inteligencia de los hombres.

«Reconociendo este peligro, y en la plena conciencia de las obligaciones de nuestra misión que nos impone velar por todo el rebaño, apartándolo de esos pactos nocivos, procurándole en cambio los saludables... no hemos dejado, y esto desde el principio de advertir a las naciones, pueblos, asociaciones y particulares que debían ponerse a la obra sin demora si querían la conservación de la fe sembrada con la sangre de Cristo, y las virtudes que de ella han brotado... Pero como esta obra (*la de la Buena Prensa*) no puede llevarse a cabo sin la cooperación activa y la ayuda de los buenos, Nos manifestamos la esperanza, de que todos sin excepción, y con generosidad proporcionada a los medios de cada uno, contribuirán a la perfección de una obra eficaz y saludable entre todos.

Juicios importantes

El inmortal Windthorst, persuadido de la importancia de la prensa, decía: «Haced todo lo que queráis en pro de la causa católica: edificad iglesias, fundad conventos, estableced círculos y asociaciones; todo eso no os dará el triunfo si os olvidáis de lo principal, que es la prensa católica. Sin ella son vanos vuestros trabajos e inútiles vuestros esfuerzos, con ella lo conseguiréis todo, todo».

El más inteligente capitán de las edades modernas, Napoleón, repetía: «Cuatro periódicos valen tanto como cien mil hombres en campaña».

Y nuestro incomparable Aparisi afirmó, que «la prensa es una palanca que levanta un mundo»; y el Sr. Obispo de Jaca, apellidado apóstol de la prensa, añadió después: «Apodérese de ella la mujer cristiana y el mundo será suyo, y por consiguiente de Cristo».

Y por último el Cardenal Labouré ha dicho:

«Ha pasado la hora de edificar Iglesias y decorar altares. No hay sino una cosa urgentísima, a saber: cubrir la Nación de periódicos que le prediquen la verdad».